

VISIÓN DE LAS CLASES SOCIALES EN EL *GUZMÁN DE ALFARACHE*

JUAN J. PÁEZ MARTÍN
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

Este artículo presenta desde la perspectiva del *Close Reading* o a partir de una lectura inmanente del texto la visión de las diferentes clases sociales que se ven reflejadas en esta gran novela picaresca, no con la intención de desvelar una visión histórica que se corresponda con la de la España del siglo XVII o barroca, sino la que se desprende de la propia voz del personaje y del narratorio. Se estructura a partir de siete estamentos o ámbitos que se corresponden con los que fundamentalmente refleja la obra.

ABSTRACT

This paper shows using the method of the *Close Reading* or from an immanent lecture of the text the vision of the different social classes in this great picaresque novel, not with the intention of doing a historical view of the baroque Spain in the XVII century but with the same voice of the character and the narrator. The structure is divided in seven levels or fields which are corresponded with those that the play essentially reflects.

I. PROBLEMÁTICA INICIAL

En el proceso de una conversión que significa la vida de *Guzmán de Alfarache* la sociedad representa uno de los aspectos que se ponen en juego para su desarrollo. Lo que hemos denominado problemática quiere referirse a la particularísima visión que un personaje, que se ajusta a los cánones modélicos de la narrativa picaresca, nos ofrece de una realidad social. Como buen pícaro —y, además, convertido—, Guzmán nos presenta ante todo una acusación contra toda una sociedad de la que ha sido víctima y, a la vez, parte integrante.

Es indudable que la óptica es en extremo subjetiva. Pues bien, a pesar de todo, como primer punto de atención, queremos señalar el que hemos hecho «tabula rasa» de la sociedad histórica, la auténtica sociedad del siglo XVII y nos proponemos dar únicamente las conclusiones que se desprenden «a posteriori» de la lectura detenida de la vida de un hombre integrado en una realidad social circundante que él juzga.

Otro punto del problema significa lo siguiente: la totalidad de esta sociedad —a excepción del estrato eclesiástico, como ya veremos— viene reflejada de modo patentemente negativo, fruto de un declarado propósito del autor para «atalayar los vicios».

Y ello es algo que nos hace dudar un poco de la imagen cien por ciento auténtica de estas clases sociales.

Por otra parte, como de todos es sabido, en la obra de Alemán se asiste a un doble juego, a una constante dialéctica entre la falsedad y la realidad verdadera. Es un agravante que aumenta nuestras sospechas.

El punto de vista adoptado por Guzmán y al que apunta siempre su visión es el de la crítica, positiva o negativa, pero crítica en suma, subyacente detrás de unos hechos o de unas palabras escritas de modo directo.

Y la dificultad más ardua supone el hecho de que, la mayor parte de las veces, el pícaro no arremete contra una clase social con-

creta, contra un peldaño determinado, sino que dirige su dardo hacia individuos. Nuestra labor consistirá, entonces, en pasar de lo particular a lo general, basándonos en un razonamiento lógico: si el personaje critica directamente a un individuo, es cierto que ello no ofrece la suficiente capacidad de juicio como para identificarlo con la crítica de su clase; pero si todos los demás individuos que, por comprensión, pueden ser incluidos en el mismo estrato social que aquél están revestidos de caracteres negativos, ya se puede concluir sin peligro que la visión general de Guzmán sobre esa clase es negativa. Porque acontece que un determinado tipo social puede ser objeto de crítica desde el momento que no cumple con su deber, pero como todos los que componen su mismo gremio no se distinguen por su eficacia y perfección, se condena indirectamente y a través de ellos el conjunto que representan.

Hay todavía un punto clave: la crítica social latente, el deseo de reforma, están más bien de forma implícita que explícita, pues que Guzmán no puede definirse como un personaje contestatario, es un conformista de fondo y acepta lo impuesto mostrándose significativamente pesimista (no en vano surge en la época barroca) con respecto a la sociedad que es así «de natura», no puede cambiar:

Este camino corre el mundo. No comienza de nuevo, que de atrás le viene al garbanzo el pico. No tiene medio ni remedio. Así lo hallamos, así lo dejaremos. No se espere mejor tiempo ni se piense que lo fue el pasado. Todo ha sido, es y será una misma cosa. (*La novela picaresca española*, Madrid, 6ª ed., 1968. Estudio Preliminar, Selección. Prólogos. Notas por A. Valbuena Prat, p. 338)

De todas formas, esto no le impide haber adquirido una clara conciencia de clase, ni acometer leves intentos de acuse directo.

Una vez planteada esta inicial problemática, nos proponemos adelantar unas conclusiones y explicar algunos puntos generales en orden a la comprensión de la visión de las clases sociales en el *Guzmán de Alfarache*:

En primer lugar, haciendo abstracción de hechos y palabras concretas, se pueden desprender aquellos conceptos que determinan el status social en clases y que se reducen a cuatro: honra, dinero, títulos y herencia, principalmente. Todos ellos están en implicación mutua, lo que quiere decir que los títulos obedecen a la herencia, el dinero da honra y títulos, o que la herencia aglutina en sí los factores restantes.

La distinción social basada en la honra persiste en los escuderos, como se desprende de la siguiente frase de Guzmanillo:

Llegó a comprármela un cano y honrado escudero; ... (319)

Honra y títulos significan categoría social y deben ser tenidas en cuenta por los demás y respetarlas, por ello continúa la serie de convencionalismos rígidos y absurdos, tal como aparecían en el capítulo del hidalgo del Lazarillo de Tormes:

Contóme que, saliendo de Palacio con un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida... (334)

Las alusiones del personaje con respecto a la honra son bastante frecuentes y su postura viene bien definida en uno de los sermones o digresiones que el autor llama «soliloquio», mostrándose condenador de sus vanidades y, sobre todo, contra aquellos tipos de honra obtenidos por favores prestados, por dinero o por herencia. Son interesantes las consideraciones que el pícaro nos ofrece ya que dan mucha luz sobre el concepto ambiguo y falso de honra común en la época. Él mismo nos proporciona una curiosa distinción entre seres «honrados» y seres «de honra», con lo cual nos ofrece al mismo tiempo una muestra más de su conformismo: su crítica no va contra la honra, sino contra la falsa honra:

Y si bien lo consideras, hallarás los tales no ser hombres de honra, sino honrados. Que los de honra, ellos la tienen de suyo;... Mas los honrados, de otros la reciben. (302)

La segunda gran constante que produce la escisión en clases dentro de una sociedad que enmarca la vida de Guzmanillo es el dinero. A simple vista se reconoce una crítica acerba contra el materialismo que imperaba, contra el poder del dinero, cuyo valor es patente. Este materialismo absoluto significa uno de los más interesantes aspectos que dominan en la obra y que preside en un gran porcentaje toda la visión social del personaje que nos confiesa de un modo categórico:

Porque el dinero calienta la sangre y la vivifica; y así, el que no lo tiene, es un cuerpo muerto que camina entre los vivos. No se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto ni tener cumplido deseo. (338)

El dinero significa seguridad, sirve para aburguesarse y cubrir la vergüenza, para comprar honra y títulos, para sobornar y comprar la justicia:

Si fueras ladrón de marca mayor, ...que pudieras comprar favor y justicia y pasarse como dellos;... (454)

o para ganar amigos, que se van a medida que la bolsa mengua; prueba de ello es que el mismo Guzmán descende de la camaradería a la servidumbre, en sus relaciones con el capitán, por el hecho de que se agotó su dinero, lo que significa una confirmación de lo que supone para aquella sociedad la valoración del «tener» por encima de la del «ser» para la dignificación personal. Casi paralelamente a lo que acontece en nuestra sociedad contemporánea, la posesión de mucho o poco dinero es lo que gradúa a la persona y le confiere posibilidades de acceso a círculos elevados socialmente:

Como iba faltando el dinero de que disponer, me comenzaron a descomponer poco a poco, pieza por pieza; quedé degradado. (333)

Y como producto de este materialismo reinante en la época, el Guzmán refleja una distinción general, presente de forma casi continua a lo largo del relato. El pícaro contrapone a menudo los

dos estratos sociales más claramente diferenciados, consustanciales a toda sociedad capitalista cuyo principio para establecer divisiones clasistas se basa en la distribución de la riqueza: los ricos y los pobres.

Las teorizaciones que se hacen de esta dicotomía social elemental son bastante frecuentes y se podrían citar innumerables ejemplos para su demostración, pero excederían los límites impuestos a este trabajo y por ello aduciremos sólo los más significativos.

La clase general de los pobres es la clase marginada y no tenida en cuenta por la única explicación lógica de «ser pobres»:

Somos los pobres como el cero de guarismo, que por sí no vale nada... (355)

La nulidad de esta clase sufrida y oprimida es el hecho más característico que se debe señalar. El pobre no tiene derecho a honra y favor, a respeto o consideración, ni siquiera tiene derecho a justicia, susceptible de soborno continuo, siempre presta a ponerse del lado de los ricos —recuérdese lo alusivo al pasaje de la acusación del ladrón «aristocrático», Bentivoglio, por parte del protagonista—:

...sois pobre, fáltaos el favor, no habéis de ser oído ni creído... (445)

La prueba más fehaciente de esta nulidad del pobre está en que el poder del dinero para sobornar, y del nombre ilustre para ganar favor, hacen que Guzmán habiéndose querellado con toda justicia contra el padre del ladronzuelo Bentivoglio, trae como consecuencia el ser condenado el pícaro por calumnia, y no el ladrón hijo de padre «principal».

Es natural que, contrariamente, el rico sea la clase privilegiada y sea definido como una especie de todopoderoso a quien todo se le rinde. La pintura y acusación de estos capitalistas se carga de tintes más violentos y no son objeto de compasión por parte del personaje. Como rasgo más general, los adinerados indignan a Guzmán por su ambición desmedida y su egoísmo petulante, su conciencia

explícita de poder, puesto que en ellos se juntan las dos coordenadas esenciales que limitan el status social de la época: honra y hacienda:

De tal manera, que les parece que con sólo su aliento dan a los otros gracia y, no haciendo algo, quieren ser alabados de que por ellos tienen vida, honra, hacienda y aún entendimiento... (396)

Aunque superficialmente se da una aceptación de esta dicotomía injusta por parte de Guzmán, debida al aludido conformismo de fondo, la constante alusión y frecuentes digresiones sobre esta configuración binaria implica una especie de denuncia social a la que el pícaro nos invita. Él mismo, en el plano religioso, sabe que ambos tienen las mismas prerrogativas y postula en la vida terrenal de los adinerados el buen uso de su riqueza, condenando indirectamente los calificativos de que ésta se reviste en su tiempo, ya que, con sus mismas palabras:

La riqueza de suyo y en sí no tiene honra, ciencia, poder, valor ni otro bien, pena ni gloria, más de aquella para que cada uno la encamina. (501)

Hemos visto cómo el dinero granjeaba al pobre de cuna simpatías entre los nobles de sangre con mucha o poca hacienda. A estos últimos, sin embargo, les sirve para mantener su prestigio social que es susceptible de ser abatido si no está, al mismo tiempo, bien cimentado económicamente. El problema de decaer socialmente encuentra asimismo reflejo y mención en el *Guzmán de Alfarache* y está en relación con la importancia de lo aparential, de guardar una apariencia en la sociedad de su tiempo:

...y los que más lastiman son señores y caballeros que gastando sin necesidad, vienen a la necesidad. (314)

Esta prodigalidad mal usada por parte de los ricos es lo que determina su caída, desde el momento en que no pueden mantener la respetabilidad externa que se cifra principalmente en la posesión de criados y, sobre todo, de ricas vestiduras, porque el hábito sí hace al monje en la España del siglo XVII: los ricos vestidos dan ensegui-

da la pauta diferenciadora entre un rico y un pobre harapiento. Además hay que anotar el curioso fenómeno de la época en que no sólo los clérigos eran reconocidos por sus sotanas, sino que el médico, el estudiante o el ganapán, se definen externamente en sus uniformes.

El valor de la apariencia es un punto general que debe ser tenido muy en cuenta y en la sociedad del seiscientos adquiere una importancia extraordinaria si juzgamos a partir de la siguiente frase de Guzmán que se superpone aún a la virtud:

Yo procuraba ser limpio en los vestidos y se me daba poco por tener manchadas las costumbres... (400)

A pesar de que las clases altas sean objeto de una crítica tan negativa desde la visión proletaria de un ser de baja extracción social, es patente el deseo ascensional de una clase ínfima hacia una clase media o alta. Obedece al natural deseo de superación humana, al aburguesamiento, al intento de huida de las clases necesitadas hasta alcanzar un estado o cumbre de fortuna, constante picaresca que reviste también a nuestro Guzmanillo, naturalmente. Pero de forma particular, es interesante la consideración que refleja la obra sobre la consciencia de aquel tiempo (entrevista ya desde el *Lazarillo de Tormes*) relativa a que lo más estable y rentable, positivo y seguro para «medrar» era la obtención de un oficio real, de la que participa el de Alfarache:

Fue subiéndome a corregidor de escalón en escalón, que si aprendía bien aquel oficio, saliendo tal, entraría en la casa real y que, sirviendo tantos años, podría retirarme rico a mi casa. (309)

Todo ello nos da un poco de luz sobre lo que significaba poco más o menos las oportunidades con que contaba todo aquél que no poseyese estudios, dinero o títulos.

Esta estructura social definida por el valor del dinero y los títulos atañe no solamente a lo económico y social, sino a lo ético, ya que la norma de conducta de un noble no era exactamente la mis-

ma que aquella de un ganapán. Y contra esto se pronuncia Guzmán, pretendiendo que la maldad en los poderosos sea considerada maldad, que la fama y el respeto sea paralela a la práctica de los grandes valores, defendiendo la individualidad de la buena conducta y no del apellido heredados «pues el nombre sigue al hombre y tal será estimado cual su trato diere lugar para ello.» (401)

Llegados a este punto dentro de las consideraciones más generales, queremos dedicar unas líneas a la presencia de la mujer, puesto que también la «sociedad o población femenina» por decirlo así, es objeto de una crítica global y puede desprenderse conjuncionalmente de la visión que el personaje, identificado aquí totalmente con el autor, nos ofrece de ella. Esta crítica subyacente en el *Guzmán de Alfarache* obedece a una declarada misoginia, ya que todas las representantes del mundo femenino, alto, medio o bajo son denigradas por un motivo o por otro: aquéllas que no ejercen la prostitución (la madre y las esposas del pícaro), están revestidas de una gran crueldad, como por ejemplo, Fabia, única también que no llega al adulterio.

Condena Alemán en la mujer el uso de afeites:

De donde no sin razón digo que la mujer, cuanto más mirarle la cara, tanto más destruye la casa. (246)

Pero sobre todo fustiga la práctica de la tercería, frecuente y hasta inevitable en todas las siervas y damas, tanto las que aparecen en la parte constituyente del relato, como las de los cuentos intercalados, participan de este matiz pernicioso. Guzmán no duda en llamar a estas celestinescas mujeres «ministros de Satanás», quienes también por medrar:

...no habrá traición que no intenten, fealdad que no soliciten, sangre que no saquen, castidad que no manchen, limpieza que no ensucien ni maldad con que no salgan (247)

Una vez tratadas las consecuencias generales, vamos a emprender el análisis de cada uno de los estratos en particular y la visión que de ellos nos ofrecen personaje y autor identificados en

algunos momentos para emprender la crítica. En pro de dar un orden y facilitar la comprensión de un trabajo tan extenso, hemos adoptado una división profesional o funcional. En ningún modo se trata de compartimentos estancos y el mismo protagonista puede ser ejemplo de ello, puesto que morfológicamente se define como pícaro y en algún momento como estudiante, pero, repetimos, la estructuración es absolutamente convencional y somos conscientes de su relativismo.

Y relativa también será la visión de Guzmán, complejísimo personaje auténtico y falso, que inicia una trayectoria vital desde un bajo estrato, pasa por varios peldaños y vuelve a sumergirse en el mundo ínfimo que fue su punto de origen y desde el cual juzga a toda la sociedad que determinó en parte su destino.

En un último alarde de presentar una visión abstracta y general de las clases sociales que pueblan la obra, aludimos a una visión sintética de la escala social que viene definida indirectamente por Guzmán abarcando desde la realeza hasta los desarraigados, pasando por los comerciantes y los de oficio servil:

Y desventurados de los que para ostentación quieren tirar la barra con los más poderosos: el ganapán como el oficial, el oficial como el mercader, el mercader como el caballero, el caballero como el titulado, el titulado como el grande, el grande como el rey... (313)

II. ÁMBITO DE LA JUSTICIA

Quizás, entre todas las modalidades sociales, sea el estrato formado por la administración de justicia el que más porcentaje de crítica negativa conlleva. El relativismo en este caso viene determinado por el hecho de que la óptica bajo la cual se juzga es la de un ser que vive al margen de ella y para el que significa un temor constante en su vida.

Guzmanillo dirige sus diatribas contra la justicia operante y al mismo tiempo contra la burocracia judicial.

La escala de funcionarios al servicio de la ley viene reflejada, de mayor a menor jerarquía, de la siguiente forma: el primer peldaño de ella está ocupado por los alguaciles que son objeto de una visión crítica bastante dura por sus vicios y virtudes que son uno:

¡Mira qué gentecilla tan de bien: corchetes, infames, traidores, ladrones, borrachos desvergonzados! (447)

o se declara en contra de ellos por el motivo de que ejercen un cargo comprado, del que no se ocupan vocacionalmente ni con todo el rigor que se les exige:

Compró aquella vara para comer o la trae de alquiler como mula.

Y para comer ha de hurtar y a voz de alguacil soy, traigo la vara del rey, ni teme al rey ni guarda ley... (447)

En los escalones bajos se encuentran asimismo los alcaides, encargados de la cárcel, a quienes imprime un matiz más positivo por el hecho de que a él le han tratado bien, aunque les reconoce su «pero...». Esto constituye una prueba más para nosotros que deducíamos cómo no sólo el autor, sino el personaje mismo en su caracterización, nos ofrecen una visión muy particularizada de los tipos sociales.

En el Capítulo III, Libro II, Parte II, Guzmán nombra la mayoría de los elementos integrantes de la burocracia judicial: solicitador, escribano, señor del oficio, oficial de cajón, escribiente, letrados (o abogados, por antonomasia), quienes tienen su máxima autoridad en el juez. Todos son cruelmente satirizados con una cierta ironía a causa de su negligencia, pereza y, sobre todo, por la falta de conciencia profesional que les dominaba y que es un defecto extensivo a todos los funcionarios de la época. Se pronuncia Guzmán en términos tan significativamente irónicos como éstos:

No está el escribiente allí para hacerla, porque fue a llevar los niños a la escuela o a misa con la señora. Pásase la ocasión por no escribirse la petición. (448)

Pero aquellos tipos legislativos que más provocan su indignación, contra los que se rebela continuamente, son aquellos jueces y escribanos que no cumplen con la debida justicia, faltos de principios y atentos sólo al dinero con que se les soborna. Nos los presenta definidos y revestidos siempre de hipocresía y falsedad. La máxima representación, aparte su indolencia, peca por administrar la justicia a su arbitrio:

y que el juez te niegue la justicia; porque muchas veces la deja de dar al que le consta tenerla, porque no la prueba ...o porque les falta fuerza y dineros (245)

Y los escribanos no podrán ser dignos de salvación porque:

...informan y escriben lo que se les antoja y, por dos ducados y por complacer al amigo y aún la amiga... quitan las vidas, las honras y las haciendas... (244)

Se les acusa de codiciosos y usureros desde los púlpitos de las iglesias y en ningún momento de la obra existe un juicio, hecho o alusión que pueda ser declarada a su favor como crítica positiva. Tanto el autor como el personaje se ensañan contra este tipo social para fustigarlo con todas sus fuerzas, por ello puede leerse la siguiente sentencia, como un consejo:

Líbrete Dios de juez con leyes de encaje y escribano enemigo, y de cualquier dellos cohechado. (245)

Son notables las alusiones en este ámbito a las modalidades relativas a la administración de justicia en provincias o en Italia, como son, por ejemplo, corregidores, regidores, el «oidor de Torrón» en Bolonia o los «bargelos». Todos ellos, como es natural, sólo nombrados de diferente manera, pero paralelos a los ejecutores de la ley en Castilla en razón de sus características y defectos esenciales: incompetencia manifiesta e indolencia, dos rasgos lo suficientemente nocivos para que falle uno de los más serios estratos de toda sociedad.

III. ÁMBITO ARTESANAL Y MERCANTIL

Utilizaremos este apartado en cierto modo como un cajón de sastre para reseñar en él todos los tipos sociales que refleja el Guzmán y que, en cierta manera, dedican su quehacer al negocio y el trato. Cuentan entre ellos la clase de artesanos de oficio tales como arrieros, plateros, panaderos, sastres y, en general, todo el conjunto de asentistas que provisionan a las grandes familias, ya que todos pululan en el transcurso de la obra contemplados bajo el punto de vista de la falsedad y la hipocresía propias de la lente un poco deformadora de Guzmanillo:

Si salimos por las calles dondequiera que ponía la mira, todo lo veía de menos quilates, falto de ley, falso, nada cabal en peso ni medida... Un albañil, un herrero, un carpintero y otro cualquier oficial, sin que alguno se reserve. Todos roban, todos mienten, todos trapecan; ninguno cumple con lo que debe, y es lo peor que se precian dello. (308)

No nos hemos resistido a transcribir la cita por considerarla lo suficientemente significativa para la información sobre el estado social de este conjunto de población activa considerada tan negativamente, casi como una imagen bastante aproximatoria a lo que sería un estado de anarquía moral en todos estos oficios catalogados dentro del apartado de lo que se llama clase social baja (no existe en ellos los valores de casta y de honra de forma definitiva) y que son la base de una burguesía incipiente.

Porque los que se podían considerar como una verdadera clase burguesa en sus aspiraciones por alcanzar una cumbre de honra, una dignificación social por medio del dinero son los que constituyen dentro de este apartado un nivel superior: los posaderos y venteros, mercaderes y comerciantes.

Un pálido reflejo de los propósitos de dignificación aludidos, del intento de acercarse a la nobleza, puesto que el mercader rico intenta que sus hijos tengan lo que él no tiene: títulos o cargos considerados más dignos, puede verse en la alusión al alguacil ya tratado en el apartado primero:

Lo primero, podría ser encontrar un alguacil muy gran desvergonzado, que ayer fue tabernero, como su padre, si ya no tuvieron bodegón. (447)

El panorama que nos brinda esta Atalaya de la vida humana de la clase comerciante no es tampoco demasiado halagüeño y la visión directa o indirecta del personaje es denigrante por dos motivos esenciales: la usura típica de sus procedencias judías junto a la práctica constante del engaño comercial.

En un mismo tipo individual resume Guzmán estos matices que son propios de mercaderes y comerciantes, entre los cuales, tenían más fama de ricos y se llevaban la primacía de estos defectos los toledanos. Nos referimos al mercader o comerciante catalán a quien el protagonista hace objeto de una gran burla:

Fuíme derecho a casa de un platero confeso, gran logrero... (335)

O, como nueva prueba concreta, el mercader milanés burlado por los pícaros y por su propio contable que le define, recalcando bien la mala fama y la aversión de que gozaba esta clase social, de esta manera:

Es hombre del más mal nombre que tiene toda la ciudad y el peor quisto de toda ella. No hay quien bien lo quiera ni a quien mal lo haga... como era tan avariento y miserable... (465)

Se lamenta Guzmanillo de la gran población morisca que queda en España y les acusa de los frecuentes robos cometidos al amparo del comercio y del trato.

Mala fama gozan de la misma manera todos aquellos personajes que se dedican al negocio de hospedaje, desde los venteros y posaderos hasta las casas de pupilaje en las ciudades universitarias. La crítica indirecta les acusa de falsarios y estafadores, que no dudan en ofrecer alimentos y hospedajes en malas condiciones.

La reforma y el castigo a estos abusos y situaciones es postulada directamente por el pícaro como algo más importante que la corrección de los males del comercio:

Pues, prometo que la reformación de los caminos, puentes y ventas, no es lo que requería menos cuidado que las muy graves, por el comercio y trato. (299)

Como puede observarse, tampoco en este estrato hay el menor asomo de una visión positiva, persiste la óptica pesimista proyectándose en el paso de revista de la sociedad de su tiempo que el personaje condena. No se muestra partidario de la división social basada en el dinero ni los bienes materiales, pero en su alusión a los moriscos hay que ver como única nota de interés la defensa del criterio de pureza de sangre.

Aunque las alusiones son bastante veladas y nunca de forma explícitamente directa, si hemos aludido a ello ha sido pura y simplemente por la relación que parece desprenderse del carácter mercantil como propio de judíos y moriscos.

IV. ÁMBITO SERVIL

Conformando nuestro juicio a la visión que resulta del Guzmán, otra de las posibilidades de ascensión social desde un ínfimo estrato, de alcanzar un estado de bienestar económico, está en el ejercicio de la servidumbre personal en todas sus variedades.

La graduación servil parte desde la ínfima categoría de mozos que ejercen los quehaceres más diversos, como lo es el propio Guzmán en un principio. Un segundo paso lo constituirían las categorías de oficiales, ya que la servidumbre inmensa de cualquier noble rico estaba perfectamente organizada y cada cual tenía un «oficio» asignado:

Dispensero, cocinero, botiller, veedor y los demás oficiales, todos hurtaban y decían venirles de derecho... (312)

Ya en estas frases se puede observar cómo el hurto es un vicio maligno adquirido por todas aquellas personas que ejercían funciones serviles.

Una de las modalidades mejor definida es la del paje cuyos caracteres morfológicos negativos se reducen al defecto ya citado unidos a la glotonería que le lleva a urdir las más ingeniosas tretas para robar la comida (recuérdese los episodios del pícaro cuando presta servicio al cardenal) y una cierta insolencia. Ello hace que el mismo Guzmán encuentre una curiosa y clara similitud entre este tipo social y el carácter del mozo picaresco:

Fue mucho salto a paje de pícaro —aunque son en cierta manera correlativos y convertibles, que sólo el hábito los diferencia—... (361)

Se definen los quehaceres de estos siervos a quienes en las mansiones nobles se les daba educación y sus labores se reducían al servicio personal de acompañamiento a los individuos principales de las altas jerarquías sociales. En realidad, el ser paje suponía ya el inicio de una carrera que se seguía hasta el fin con el beneplácito del señor acerca del cumplimiento de su oficio, hasta parar en el cargo máximo de mayordomo, cuya situación económico-social estaba bastante considerada y constituía una plena clase media. Por ello, hay un hecho clave en la época del que la obra se hace eco: la situación de privanza. Se lucha entre los siervos y todas las clases en general por «ganar el favor» de la clase noble e influyente. Así, el mismo pícaro se ve favorecido por el cardenal, o goza de tantas liberalidades con el embajador que termina siendo su alcahuete:

Paréceles a muchos que acreditan su estimación, que se adquiere nobleza y se granjea reputación con semejantes visitas, entradas y salidas. (400)

Y el favor se logra por medio de la adulación, del perfecto cumplimiento del deber y de la posesión en alto grado de las cualidades esenciales que deben revestir a todo buen criado que cifra Guzmán en no ser perezoso ni chismoso:

Todo lo hacía sin rezongar ni haronear. Nunca fui chismoso ni descubrí secreto... El que sirve se debe guardar destas dos cosas o se perderá presto, siendo malquisto y odiado por todos. (309)

La relación amo-siervo no suele ser muy ligada, excepto en algunos casos como en los aludidos de la privanza o en el caso concreto de nuestro protagonista, con la presencia de un buen amo humanitario y caritativo, cual puede ser el cardenal. Normalmente, esta relación es puramente interesada, como parece desprenderse de las consideraciones que hace Guzmanillo al ser abandonado por su amo el capitán:

Son los amos como las víboras o alacranes que, en sacando la sustancia dellos, los echan en un muladar... (337)

Y de ahí que se observe un único y patente conato de rebelión explícita, de acusación proletaria por parte del personaje identificado con la clase de los subalternos hacia sus amos como consecuencia del poco salario y la poca prodigalidad de ellos. Guzmán se hace portador de ideas justas por una vez y acusa directamente:

Gran culpa desto suelen tener los amos, dando corto salario y mal pagados, porque se sirven de necesitados, y dellos hay pocos que sean fieles. (314)

Atribuye una gran responsabilidad de los males sociales de su tiempo a esta clase alta y opresora, criticando, desde su posición social baja, a los señores, al tiempo que expone la teoría de la justa retribución por un servicio prestado en mutua implicación: a servicios fielmente prestados corresponde un fiel y justo salario:

Hay señor que no dará un real al sirviente... pareciéndole que le basta con el sueldo seco... No, señor; no es buena razón que aqueso ya se lo debes, no tiene que agradecerte. (314)

V. ÁMBITO DE LA CIENCIA

Bajo este epígrafe se incluyen todos los tipos sociales que cifran y definen su categoría social en relación con su saber adquirido mediante unos estudios: por un lado, aquéllos que practican profesiones liberales, cuyos elementos más representativos están en

los médicos, boticarios y letrados; por otro, los estudiantes en general.

Es digno de reseñar el curioso fenómeno que se encuentra en el *Guzmán de Alfarache* con respecto a su visión de la ciencia: en una consideración meramente teórica, autor y personaje se identifican una vez más para admitir la prioridad del «saber» sobre el «tener. Es decir, que al despreciar la honra y confesar su desprecio del dinero en pro de la ciencia, Guzmán iba camino de ser considerado un típico reaccionario contra los principios establecidos en su tiempo que cifraban, como hemos visto, la categoría social en el dinero, la honra o la casta.

La ciencia es en un principio, pues, algo mucho más positivo que los bienes materiales o los privilegios de herencia y nombre. Dice textualmente:

La hacienda se gasta, la ciencia crece y es de mayor estimación lo poco que el sabio sabe que lo mucho que el rico tiene... Es plata en el pobre, oro en el rico y en el príncipe piedra preciosa. (319-320)

Pero en la segunda parte, donde la mirada del pícaro se ha enriquecido con una serie de amargas experiencias, que cada vez aumenta su rencor contra toda la sociedad que le condena, vuelve a surgir el pesimismo y a interpretar su enconado materialismo, o mejor, el de la sociedad que le enmarca, superponiendo el valor del dinero a todo lo que puede haber en la realidad:

Que no hay otra cordura ni otra ciencia en el mundo sino mucho tener y más tener; lo que aquesto no fuere, no corre. (477)

La importancia de lo aparential afecta también al ámbito de la ciencia, el saber ha de tener acompañamiento de buenos vestidos para demostrarse, unido al efecto que suele causar una buena presencia siempre, la respetabilidad externa. Es por ello que confiesa el protagonista irónicamente:

Si fueres un Cicerón mal vestido, serás mal Cicerón;... (477)

Porque es el guardar las apariencias un defecto señalado por Guzmanillo en los elementos integrantes de esta población activa que constituyen este estrato superior.

Su visión vuelve a convertirse en crítica negativa hacia un nuevo estamento y como producto de ese constante doble juego que se manifiesta en la novela, ese debatirse el personaje entre lo falso y lo auténtico al arbitrio del autor, hay médicos falsos, cirujanos falsarios y codiciosos, boticarios indignos:

... no se nos quede arrinconado un boticario, que por no decir no tengo ni desacreditar su botica, te dará los jarabes trocados...; mezclan, baptizan y ligan como les parece sustitutos de calidades y efectos diversos,... con que matan los hombres. (308)

Acusa directa e indirectamente la comercialidad de la medicina, la avaricia de los médicos con palabras y con hechos. De estos últimos, bástenos con anotar la experiencia misma que nos relata el pícaro en aquel momento en que es recogido por el cardenal siendo falso tullido: los médicos que le tratan, al notar la burla, temen esencialmente dos cosas, que se les tache de burlados y necios y que no se les remunere.

Otra de las anécdotas significativas al respecto es la que refiere el mismo Guzmán que acontece entre un médico y un inocente hidalgo, víctima del pago de los honorarios al médico durante muchos días posteriores a su curación.

La acusación verbal refiere este mismo matiz de codicia y engaño mercaderil:

Pues el señor doctor lo adoba y pensarás que es menos. Si no le pagas, deja la cura; si le pagas, la dilata; y por ello, algunas o muchas veces mata al enfermo. (308)

En un estrato inferior, dentro de este mismo apartado, se encuentra la población pasiva constituida por los estudiantes, cuya fisonomía y morfología es la clásica.

Basándonos en los capítulos que relatan la trayectoria del personaje, cuando determina seguir estudios en Alcalá, se anotan ciertos

caracteres de interés: las modalidades estudiantiles se reducían a aquellos ricos con criados y podían optar por ser —camaristas—, contrapuestos a los pobres, de pupilaje en casas de amas cuya principal virtud es la de la sisa, angustiados por el dinero y por la ciencia.

Pero lo que debe considerarse más digno de mención es que el estudiante de la época toca la ciencia con una mano y la picaresca con la otra: digno representante y digna prueba de ello es aquél que cita el protagonista convertido en ladrón de gallinas a un vecino por medio de una bien urdida burla para conseguir pasar las pascuas alegremente.

VI. ÁMBITO DE LA NOBLEZA Y MILICIA

La clase social que se ha denominado alta es la que encuentra un reflejo menor. Las alusiones directas o indirectas son muy reducidas. Sin embargo, personajes como aquellos relacionados con los cargos diplomáticos, las altas jerarquías eclesiásticas, los doctores, capitanes y personajes cortesanos son comúnmente citados bajo el rótulo común de «caballeros principales» y atestiguan toda una visión, si bien velada, de los altos estratos sociales de la época. Ello es por una razón muy simple: el punto de vista, la narración, corre a cargo de un pícaro que, en su condición de tal, hay unos ambientes que frecuenta y conoce más y mejor que otros.

No es necesario subrayar ahora que entre estos grandes señores y los ganapanes existe un abismo social casi infranqueable, porque esta clase alta aglutina en sí todos los criterios que determinan una ascensión. Son dignos de un respeto tal que llega al temor. Ello lo muestra el mismo protagonista, que palidece ante la llamada de un señor y nos manifiesta su auténtico temor:

Saqué la cabeza y con el susto de ver aquel personaje junto a mí,... mudé la color.

La ascendencia o pertenencia a la clase privilegiada constituye una garantía y una especie de llave mágica que abre todas las puer-

tas, inspirando confianza. De ahí que se produzca el ya citado fenómeno de «ganar el favor» noble. Porque es de notar la función realmente social que ejercía el poder hacer gala de un apellido ilustre. Por ello, para lograr el respeto y consideración de los demás, pícaros como Sayavedra o el de Alfarache, nacidos solamente de padres «honrados», usurpan famosos apellidos y asumen identidades o disfraces nobiliarios.

De la excesiva fama y el gran predicamento comunes a esta clase surge la explicación de su extremado orgullo y autosuficiencia al lado de la pedantería:

Decía de los caballeritos que ni por lumbré. Porque por el yo me lo valgo, mi alcorzado y copete, mi lindeza lo merece, aún creían que les habían de convidar con ello y hacerles una reverencia. (552)

Hay conceptos de orden moral que son privativos de señores de calidad, de la clase que se distingue por una nobleza de casta y la posesión de estados o mayorazgos son patrimonio exclusivo la máxima honra, contra la cual no se puede atentar, o la vergüenza misma, como parece desprenderse de las palabras de Guzmanillo:

... la vergüenza perdida, que al pobre no les es de provecho tenerla... (321)

Se distinguen, asimismo, por la posesión de muchos criados, quizás demasiados a veces para las verdaderas necesidades de sus mansiones. Es por esta razón que existen cargos serviles indefinidos, como el que ejerce en principio Guzmán con el embajador.

Todo ello, naturalmente, es sucedáneo de lo que significa la apariencia y la moral de la respetabilidad externa, que llega en este estrato social al máximo grado: así como se debe mantener una gran cantidad de servidumbre y de subalternos, se ha de cuidar la riqueza de los vestidos, rayana en el lujo desmesurado del lucimiento de ropajes y de joyas. El pícaro nos lo prueba de modo muy significativo, pues siempre que pretenderá fingirse caballero, acudirá a dos cosas esenciales: unos buenos vestidos y la contratación de un paje,

pues ambas cosas son el más cercano indicio de caballeros principales:

Entró a visitar un caballero. Parecía principal en su persona y acompañamiento. (348)

Cualidades que revisten a los representantes de la clase alta son también el gusto por los banquetes, la charla y el ocio, que no es sólo privativo de las clases bajas, puesto que esta gente de calidad se ve obligada a matar el tedio con bufones a su servicio: experiencia por la que ha de pasar el pícaro al servicio del embajador de Francia.

Al lado de ello hemos de citar los caracteres donjuanescos que son propios de las diferentes imágenes correspondientes a esta clase elevada, enamoradizos y galanes frecuentes de damas casadas, prostitutas o siervas prostitutas.

Estas características subrayadas se aplican tanto a los nobles propiamente dichos, como a los militares, de cuyas altas jerarquías tenemos varios tipos en el Guzmán, definidos como indigentes, abiertos en confidencias con sus criados, amantes del juego y del dinero.

La adhesión o pertenencia a la clase militar representaba una dignificación en la sociedad española de los Siglos de Oro, en la época en que hay tres caminos inevitables para todo el que pretenda convertirse en un hombre de bien: las armas, las letras o los hábitos. Pero la visión a la que se asiste en la obra es la de una milicia decaída, indisciplinada y agotada por esfuerzos pasados, ya no existen soldados esforzados ni héroes bélicos. La mirada vuelve a ser desoladora y pesimista:

Y, si va a decir verdades, murmuramos de la corta mano de los hombres valerosos y cuán abatida estaba la milicia... (332)

Dentro de la línea de crítica acusatoria que hemos venido trazando como presente en la visión de personaje, autor, o ambos identificados, hay contra la clase noble varios puntos interesantes

bajo este aspecto: el primero de ellos referido a la compra o posesión injusta de títulos de caballeros de las Órdenes militares, contra el poder del dinero que se sobrepone a la honra y la «atropella», en palabras del mismo Guzmán:

Mira cuántos buenos están arrinconados, cuántos hábitos de Santiago, Calatrava y Alcántara, cosidos con hilo blanco y otros muchos de la envejecida nobleza de Laín Calvo y Nuño Rasura tropellados. (306)

La segunda diana apunta hacia los ministros del reino, los que tienen en sus manos el destino del país, un deber que cumplir para con todo un pueblo, pero que:

Ordenan guerras, rompen paces, faltando a sus obligaciones, destruyendo la república, robando las haciendas y al fin infernando las almas. (333)

VII. ÁMBITO DEL CLERO

Con el análisis de los elementos representativos de lo que formaría el estamento eclesiástico llegamos a un cambio total de la visión comprobada como recurrentemente negativa de una sociedad que hemos venido apuntando como constituyente esencial de esta Atalaya de la vida humana, que, rebasando estos puntos —podemos ya concluirlo— debería denominarse con mayor justeza «de la vida urbana», porque (salvo contadísimas y muy poco significativas excepciones), Alemán contempla y escribe acerca de una sociedad localizada geográficamente en dos países mediterráneos de parecidas estructuras y criterios sociales durante el Siglo XVII, España e Italia, pero circunscritas a espacios urbanos, no rurales. Por tanto, su visión desde lo alto de la atalaya se transforma en parcialmente humana.

Con el clero, decimos, todo se vuelve valor positivo. La hipocresía, la conciencia profesional nula, el materialismo, etc. se convierten en deber que se cumple con amor, en caridad. Ante ello, la reacción que asalta a todo lector es la de sorpresa y admiración y, ante la ambigüedad incomprensible del fenómeno se intenta buscar

una explicación al hecho de que, desde un punto de vista extrínseco al relato, una novela que se considera modélica dentro de la narrativa picaresca no ataque, según la norma que rige en el código, y paralelamente al criterio seguido por autor y personaje con respecto a los demás estratos, no se pronuncie en contra de uno de los estamentos, de los más fuertes puntales donde se ha asentado nuestra sociedad: la Iglesia.

¿Será la explicación la de que obedece a la pretendida conciencia cristiana del autor? A simple vista pudiera darse como la única razón ese hálito de ascetismo que respira el proceso de conversión de Guzmanillo. Pero, ¿no obedecerá, quizás, a una ley de contraste, a una necesidad de establecer una ética, un algo positivo para presentarlo como un atenuado imperativo, obediente al propósito didáctico y el afán moralizador?

No debemos olvidar, por otra parte que late en esta época el espíritu de Trento. El hecho evidente es que ni individuos, ni instituciones son objeto de una crítica conforme lo han sido la mayoría de tipos ya analizados.

El único acuse condenatorio lo hace un predicador desde el púlpito, contra la compra de cargos eclesiásticos tan frecuente en la época y, sobre todo, contra el uso del hábito para llevar buena vida:

Dio una rociada por los eclesiásticos, prelados y beneficiados: que no les habían dado tanto de renta, sino de cargo; no para comer, vestir y gastar en lo que no es menester, sino en dar de comer y vestir a los que han de menester... (303)

Pero aquellos clérigos calificados tan cruelmente en obras como el Lazarillo —no digamos ya en la obra de Luna—, nunca aparecen aquí, sino que son determinados y definidos por autor y personaje con adjetivos como santo, humilde, caritativo:

Dice el pícaro de su confesor:

Cuando aquesto me decía daba lanzadas en el corazón, porque, consideraba su santidad y sencillez con mi grande malicia y bellaquería,... (555)

Los representantes del alto, medio y bajo clero son, pues, objeto de esta crítica altamente positiva, desprendida de palabras, de trazos morfológicos de los personajes, entre los que figura, como mejor ejemplo, el jovial cardenal, definido por el pícaro constantemente con frases como ésta:

Monseñor, que era la misma caridad... (365)

Y también se concluye de los hechos este gran valor caritativo, nota esencial que destaca entre las que revisten los tipos eclesiásticos, no sólo ya de las altas jerarquías, sino de las bajas capas clericales, los frailes mendicantes o los clérigos predicadores, tales como aquellos que acompañan a Guzmanillo y el arriero en el viaje a Cazalla y sermonean sobre la venganza.

Hay un momento clave en el que se puede observar la maestría de Alemán y su propósito directo de plantear la situación de contraste entre la sociedad laica y la eclesiástica. Supone un motivo bastante significativo: Desamparado y solo, Guzmanillo siente hambre y apela a la caridad de las gentes, que le desprecian: el muchacho les maldice con justicia y se dirige a un franciscano que come pan y tocino, repartiéndolo con el hambriento en justo cumplimiento de la misericordia:

Vive el Señor, aunque me quedara sin ello y cual tú estás ahora, te lo diera.
Toma, hijo. (298)

O, si se quiere, puede acudir al hecho de que todo un cardenal le recoja, miserable y harapiento, cediéndole su propia cama.

Por último aludamos al hecho de que se registra en la obra la buena situación en que se encontraba el clero de aquel tiempo. Generalmente era acomodada, dependiendo como es natural de los niveles jerárquicos: el cardenal se nos presenta como un gran señor, como atestiguan sus criados y sus reuniones, sus comidas y su mansión.

Ser clérigo representaba una seguridad, una estabilidad económica y social, apetecible para el mismo protagonista:

Tomé resolución de hacerme de la Iglesia, no más de porque con ello quedaba remediado, la comida segura y libre de mis acreedores,... (530)

VIII. ÁMBITO DEL HAMPA

Emprendemos ya, a modo de epílogo, el análisis del ínfimo estrato social que viene reflejado en el *Guzmán de Alfarache*, al cual pertenece su protagonista, el ser a quien debemos la visión de las capas superiores.

Como víctimas más afectadas por una estructura social informe, y a la vez injusta, de una realidad política deprimente, la sociedad del Seiscientos se enriquece con la presencia de seres totalmente marginados, despreciados y mal catalogados en virtud de los criterios vigentes por los elementos integrantes del anverso de esta medalla que forma el panorama social del Barroco. Aludimos a los pícaros, mendigos y delincuentes, la gente de baja condición, pobre, sin dinero y sin honra que pululaban en calles, plazas, tabernas y posadas. Esta clase social abundante, poco de fiar y, en cierta manera, temida, a la que alude uno de sus integrantes:

Creyeron ser algún pícaro ladroncillo que los había de robar. (300)

practica la moral del ocio y se desenvuelve para poder vivir en quehaceres tan indignos en un ser humano completo, no inútil ni con taras físicas o mentales, como Guzmán, de mendicidad, de hurto, de juego.

No es necesario insistir sobre los caracteres morfológicos del pícaro, pero sí subrayar algunos conceptos interesantes sobre esta lacra social, tal como se nos muestra en la obra de Alemán: definidos explícitamente como «escoria de los hombres» y a quienes «cualquier bajeza les entalla y se hizo a su medida», registra su constante deambular, su abundancia y su agrupación en cofradías picarescas tan iguales y tan dignas como el célebre patio de Monipodio, popularizado por nuestro Cervantes:

Pues como anden todo el día de una en otra parte, por diversas calles y casas, y sean tantos y anden tan divididos,... (322)

Ya anunciamos una de las actividades más frecuentes en los ganapanes aludiendo a la mendicidad. Esta supone en la obra un objetivo directo para las duras críticas del autor que se hace eco de un problema tan candente en la época, como es sabido.

Un planteamiento del motivo suponen todas las experiencias mendicantes de su protagonista, el cual, al lado de los hechos, nos ofrece su visión directa y es curioso cómo la mayor parte de los episodios, los más sugerentes y significativos, se refieren a los mendigos italianos. Sitúa un mayor porcentaje de ambientes plenos de mendigos en ciudades como Génova o Roma.

La crítica viene esta vez disfrazada optimistamente de sátira y de ironía, dos de sus armas más usadas y más infalibles. Este matiz imprime su concepción y trazo de la mendicidad elevada a la categoría de oficio que se hereda:

Llegaba cerca de mi casa y junto a ella vivía un viejo casi de setenta años de pobre, porque nació de padres del oficio y se lo dejaron por herencia... (346)

El mendigo, que muchas veces lleva también en sí las notas de pícaro y de ladrón, lleva los métodos y trucajes de su «oficio» a una perfección gradual que llega al más perfecto virtuosismo y a ser el ejercicio vocacional de su profesión un mal inevitable y sin remedio. Tal se nos prueba en la anécdota que nos relata Guzmanillo acerca de una mendiga romana. Sus artes se basan en poder actuar fielmente como falsos enfermos y mover la caridad de las gentes:

...enseñóme a fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir la color del rostro, alterar todo el cuerpo y otros primores... (347)

Y todo el complejo negocio de la mendicidad está organizado, se editan irónicamente «ordenanzas mendicativas» y en virtud de su organización, existen categorías y jerarquías de mendigos: en

el personaje de Micer Morcón nos encontramos con el «Generálísimo» del Imperio mendicante, codificador y administrador de las ordenanzas que recopiló.

Al lado de la mendicidad existe otro vicio consustancial a esta clase baja de ganapanes y que es común, como ya se anotó oportunamente, a las clases altas: el juego.

El vicio de las cartas, de la trampa, nuevo quehacer que no supone esfuerzo físico ni dependencia, hijo del ocio reinante, elevado también a la categoría de oficio rentable. Guzmán participa personalmente de esta «categoría social» de jugadores:

Voy hablando de los que se llaman jugadores, que lo traen por oficio y tienen por costumbre... (371)

Cuando además de ociosos, mendigos temporales, jugadores y estafadores llegan al robo ya se ha ascendido completamente a la categoría de «pícaro», se convierten en un grave mal social, se les margina, se les persigue y se les teme.

Los pícaros y las pícaras, que también las había en gran número, efectúan sus ejercicios de dos maneras diferentes: una de ellas consiste en apropiarse del dinero y en general de los bienes ajenos, por medio de la estafa y el engaño, cuajadas de modalidades diversas fruto de su avivado ingenio: un ejemplo evidente lo constituyen las burlas por medio de querellas judiciales que hacen al protagonista la pareja de pícaras formada por una madre y una hija, en Madrid; la otra es el robo directo, son los «ladrones» propiamente dichos, cuya abundancia es confesada por el mismo Guzmán:

Diré aquí solamente que hay sin comparación mayor número de ladrones que de médicos, y que no hay para qué ninguno se haga santo... (476)

Porque, naturalmente, si unimos al número de ladrones en activo, el número de aquellos que practican el mismo oficio veladamente, como condena el mismo Guzmán, se llega a la conclusión anterior:

Digo ladrón a los pobres pecadores como yo; que con los ladrones de bien, con los que arrastran gualdrapas de terciopelo, con los que revisten sus paredes con brocados... con los que nos ahorcan a nosotros, no hablo... (475)

La codicia, el poder del dinero, la pésima administración de justicia, la descomposición de una sociedad hace que todos sus integrantes practiquen el lucrativo oficio del hurto, tan difícil de aprender y dominar, que el pícaro lo equipara burlescamente a los estudios de Derecho:

Demás, que no sé yo si en los Derechos hay más consejos o tantos cuantos ha menester un buen ladrón. (462)

Pero, más tarde o más temprano, la justicia burlada constantemente hace recaer en ellos el peso de su vara: se transforman entonces en presos y galeotes desde donde meditan sus culpas y se les despierta un algo la conciencia, se confiesan culpables en cuanto a su responsabilidad individual, pero víctimas de un status social que supone un agravante de sus delitos. De ahí la agresión a toda la sociedad a la que han robado, estafado y burlado, pero que, al mismo tiempo le ha burlado.

Ésta es, en definitiva, la sociedad considerada bajo el prisma de un galeote convertido. Ha venido prefijada por una serie de experiencias sufridas y por su especial manera de ver el mundo: un mundo donde todo es falso, inauténtico, donde existe un fatal determinismo ambiental que empuja a los seres hacia la falsedad:

Solo quiero decir que estas desórdenes en todos me hizo a mí como a uno dellos: Andaba entre lobos: enseñéme a dar aullidos. (315)

Una sociedad injustamente dominada por la fuerza del dinero y del nombre que presiona a sus individuos integrantes hacia el ejercicio de la astucia maligna para poder imponerse cada vez más y vivir: unos oprimen, otros son oprimidos. Contra esta bipolaridad ya establecida, vieja como el mundo, se pronuncia Guzmán, medio

culpable y medio víctima de una sociedad a la que sólo la caridad y la virtud práctica pueden redimir. Pero ambas cosas están muy lejos de un mundo donde:

Toda cosa engaña y todos engañamos... (401)